

Rafael Reig

LO QUE SÉ DE ALMUDENA

colección andanzas



RAFAEL REIG
LO QUE SÉ DE ALMUDENA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2025

© Rafael Reig, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-629-6
Depósito legal: B. 6.890-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

1. Una foto de boda	11
2. Noche triste en Las Palmas	17
3. Amor y amabilidad	23
4. Vestida de rosa	31
5. El día que le salvé la vida a Almudena Grandes	39
6. El patio del colegio	43
7. Una visión borrosa	53
8. A solas con Javier Marías	57
9. Cuando fui leal escudero de Almudena . .	69
10. En su casa sin ella	79
11. Tienes que conocerlos	85
12. Los cartoneros	91
13. La tarde que dormí con Almudena	95
14. Gallina para comer, fabada para cenar . . .	103
15. Novelas de cine	111
16. La teoría del descansillo	119

17. En Guadalajara besé a una mujer desnuda.	133
18. La mano dentro de la máquina	147
19. No sabíamos qué cosa era México	153
20. La novela pastoril	173
21. Un día llorando juntos	181
22. Peña Pintada	193
23. La teoría del cuaderno	203
24. Fuegos de amadores	211
25. Mensaje en una botella.	223

1

Una foto de boda

La primera foto que aparece en el álbum de mis recuerdos es la última: ya no volví a verla. Ella lleva un vestido con figuras geométricas en blanco y negro, y una copa en la mano. Un gintonic, según parece (y sé que lo era). Él va con vaqueros y un jersey azul marino, como de costumbre, y un whisky. Los dos están felices y sonrientes. Almudena Grandes y Luis García Montero.

Violeta y yo, tras muchos años juntos, nos casamos en el Ayuntamiento de Cercedilla el 20 de diciembre de 2019, antes de una peste bíblica que nos azotó, quizá con merecimientos; esto sucedió en otro mundo más alegre y menos hostil. Puede que se haya alterado la órbita terrestre y ahora estemos sin saberlo sobre un planeta errante que se irá enfriando y oscureciendo muy despacio, para que no nos demos cuenta hasta que ya sea demasiado tarde.

La ausencia de Almudena ha ensanchado, para mí, esas tinieblas y ese frío.

Como cabía esperar de nosotros, lo celebramos en

el bar de la esquina, El Rincón, más conocido como el bar de Lucía; desde allí se ven la Bola del Mundo, Guarramillas, La Maliciosa y el Cerro de las Golondrinas. No invitamos a nadie, que viniera quien le diera la gana. Nos casó Nuria en su despacho judicial, donde no se admiten más que dos testigos, nuestras respectivas hijas. Al descender las escaleras de granito, con el libro de familia en la mano, nos esperaban los más madrugadores, entre ellos Almudena Grandes, Luis García Montero, Juan Cerezo, Marta Sanz y Chema, Belén Gopegui, Constantino Bértolo y otros, venidos a la montaña desde la lejana capital babilónica; y nuestros buenos amigos y vecinos. A mí me esperaba a pie de escalera un whisky con un hielo que me trajo Rafa, el dueño del O.K. Corral (que antes fue el bar del Tripi o bar Sánchez). En los bares me conocen bastante bien, siempre adivinan lo que me hace falta, según la hora del día y las circunstancias, diríase que gozan de un sexto sentido.

La presencia de Almudena en el pueblo pasó tan inadvertida como si hubiera llegado el papa de Roma bajo palio o Joséphine Baker en pelota picada, y no porque fuera la primera vez, puesto que había venido en muchas ocasiones, sino porque ella era así, dondequiera que iba se armaba la tremolina, incluso en Ciudad de México, que ya es decir. Aquí todo el mundo la quería, Javi el panadero, y su mujer, Sagra, que recibía siempre de mi librería el primer ejemplar de todos sus libros, se lo tenía reservado y, en cuanto abría

la caja de Logista (la empresa de distribución), se lo llevaba a la panadería; Alfonso el Pechi, Fernando el ingeniero, Paco Cifuentes, Fidel el *Semper fidelis*, el alcalde Luismi, el secretario Miki, Quique Avellán, el concejal de Podemos (que fue quien promovió que nuestra modesta biblioteca, que no tenía nombre, se llame hoy Biblioteca Almudena Grandes). Luis aprobó el bautismo, sobre todo porque no era un cambio de nombre, un quítate tú para que me ponga yo, sino un edificio público sin cristianar, que sin nombre de pila iría al limbo (si es que todavía existe).

Nos hicieron una foto en las escaleras del ayuntamiento.

Esa foto al salir es inexcusable; recuerdo la de la boda de Almudena y Luis, que vi en la prensa del corazón literario, la revista *Qué Leer*; estaban muy guapos, pero más felices que guapos, desprendían y esparcían, sin darse cuenta, como si fuera un perfume, alegría hacia todos.

Nos fuimos en comitiva hacia el bar para los primeros brindis (yo ya había embaulado la copa de Johnnie Walker al pie del ayuntamiento). Todos bebimos, no más de la cuenta, sino hasta perder la cuenta. Como he mencionado, había bastantes escritores foráneos, y otros más del equipo local, como Ricardo Gómez, Jorge Riechmann, Carlos Martín o Pedro Sáez. La buena gente cree que los plumíferos nos intercambiamos sin parar puñaladas traperas, golpes bajos y halagos envenenados. Qué va, lamento desengañar a las personas

sencillas, no he encontrado nunca otra cosa que amistad, apoyo y cariño entre los escritores. Fingimos para divertirnos (y para dar alguna alegría a los más crédulos). Ese día de nuestra boda, recuerdo que Belén Gopegui se quejaba de que en una novela mía (entonces en borrador) salía Almudena hablando en latín sobre el *sacrificium intellectus* (de origen paulino y del que se apropiaron los jesuitas), y que a ella en cambio la sacaba diciendo pataratas. Belén ponía el tono vindicativo de una diva en el ocaso a la que ya no le ofrecían papeles a la altura de su talento. Almudena, en su registro de chulapa de Chamberí, respondía: porque una lo vale, hija, a ver qué te creías, esas cosas hay que ganárselas. Por supuesto, para cuando se publicó la novela ya había eliminado (gracias, como de costumbre, a mi editor) tamaña pedantería. Así fue todo ese día tan alegre, y lo más alegre para mí fue el encaje perfecto entre mis amigos de fuera (bastante sabiondos) y mis amigos del pueblo (bastante llanos en general); y lo más llamativo, la amabilidad de Almudena y su trato exquisito con todo el mundo.

Ella era así y por eso la quería todo el mundo. Una vez, creo que fue en Córdoba, íbamos los dos buscando no sé qué plaza —quizá la del Sepulcro Divino, la de la Faz Ungida o la del Pantocrátor en Su Almen-dra—, donde ella había quedado con Luis. Nos perdimos y Almudena no tuvo otra ocurrencia que acercarse a un supermercado para preguntar por la condenada plaza de la Túnica Sagrada. Salió una señora con una

bolsa de la compra en cada mano, la vio y se quedó petrificada, como alcanzada por el rayo, y tras exclamar: «¡Es la Almudena Grandes!», soltó las bolsas, que se estrellaron en el suelo. Por el estallido, me pareció que debía de llevar media docena de huevos (que ya debía de haber dejado casi listos para hacer una tortilla). No hace falta añadir que llegamos a la plaza de la Virgen Peripatética, o como rayos se llamara, con una escolta de vigorosas y mareantes señoras cargadas con carritos y bolsas, a las que Almudena les dio lo que necesitaban y ella daba siempre a todo el mundo: cariño y conversación.

Así fue también en este pequeño pueblo alpino que aparece en una de sus novelas, *Los pacientes del doctor García*. Mi amiga María Gómez de Enterría le hizo una gira por Camorritos y por la colonia de los alemanes. Almudena tenía un pequeño problema para su novela: desde la estación de tren, ¿cómo iban a subir hasta la casa del alemán nazi en la que se celebraba la fiesta? Estaba un poco lejos para ir andando. Me cupo el honor de darle una solución, le enseñé una fotografía de la época, en la que aparecían a la puerta de la estación dos o tres burros bajo un cartel que ponía: Burro-Taxi. Uno de ellos contaba con albardas para el equipaje de los viajeros. Y para arriba que se llevó a los personajes a lomos de borrico. Huelga decir que Almudena sabía más de Cercedilla y sus nazis protegidos por Franco que nadie del pueblo; solo necesitaba ver (con sus propios ojos, como suele

decirse) ciertas viviendas que ya tenía localizadas. Siempre fue meticulosa en extremo a la hora de describir cualquier cosa.

La boda, repartida entre el bar de Lucía, la acera y la calzada, y la librería que yo entonces regentaba enfrente del bar (me encanta ese verbo, con el que parece que me hiciera cargo de un burdel clandestino), duró desde las doce de la mañana hasta las siete de la tarde para unos; hasta las nueve para nosotros; y no sé si hasta las claritas del alba para los recalcitrantes y tal vez sedientos. Hubo ratos de sol de invierno y alegres chaparrones breves, durante los que nos apiñábamos bajo los toldos del bar para ver sobre los montes arcoíris sucesivos, como pintados por niños con una caja de acuarelas. La camarera salía de tanto en tanto a desaguar los toldos con el palo de la escoba, y como había tantos escritores, todos dijimos: parece la feria del libro (donde es sabido que siempre acaba lloviendo). Fue un día de felicidad unánime, de alegría ecuménica, de gozo católico y compartido.

Almudena, Luis y Juan se fueron a Madrid en un taxi. Creo que, si hubiera sido menester, habrían hecho el viaje de ida y el de vuelta sobre tres jumentos. Eran así.

Ese fue el último abrazo que pude darle.